



*Supersticiones
y Augurios*

PQ7298
.25
L494
S8
2002
c.1

Rafael Olivares Ballesteros
Serie: los comanches... 45



PQ7298

.25

.L494

S8

2002

c.1



1080116976



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Secretaría de Extensión y Cultura

Centro de Información de Historia Regional

Supersticiones y Augurios

De: Rafael Olivares Ballesteros

Portada: Árbol en la Laguna. Acuarela.

Ignacio María Beteta. Revista: Siempre, No. 865, enero 21 de 1970.

299 652

SUPERSTICIONES Y AUGURIOS

Rafael Olivares Ballesteros

PRESENTACIÓN

NUEVO LEÓN NORTE

En el siglo XIX los románticos empezaron la lucha por rescatar y preservar las tradiciones populares al considerar que en ellas residía el espíritu colectivo, que en ellas se encontraba el rostro verdadero de los pueblos y que atentar contra las tradiciones, era intentar asesinar el alma de una nación. Apasionados como eran, hicieron de esta defensa una bandera; y de ese modo, el folklore adquirió tintes ideológicos difíciles de combatir o arrancar al considerársele como parte intrínseca del alma de los pueblos. Y así, los románticos nos enseñaron a asomar al alma popular y nos enseñaron a viajar por su gastronomía, música, teatro, poesía, danzas, indumentaria, cantos, medicina nativa, supersticiones y narraciones fantásticas.

México es un país de tradiciones; Nuevo León es reflejo del alma nacional y es también rico en este campo. De Anáhuac a Mier y Noriega y de China a Mina, la tradición pasea como moneda de uso corriente sobre todo en las comunidades agrícolas; su natural último reducto. En las ciudades, las tradiciones a veces son meras expresiones folklóricas, muestras escolares, intentos institucionales por rescatar y cuidar la herencia ancestral; idealista cruzada que nunca debe morir. El presente trabajo por modesto que parezca, es un fruto más de esta lucha por mantener viva una rama de las tradiciones orales, que es la Leyenda.

Nuevo León Norte, comprendido esto como Lampazos de Naranjo, Anáhuac y sus jurisdicciones, tiene

PG 7298
- 25
- L494
58
2002

infinidad de relatos que esperan ahí a que alguien acuda a su rescate para que no mueran con los viejos de esta tierra. Aquí se presentan leyendas históricas escritas en el recuerdo de los ancianos al paso de la Revolución y el indio bárbaro, así como narraciones en que asoma la anécdota, la creencia popular sobre aparecidos, duendes, tesoros fantásticos y misterios que son la esencia misma de una leyenda.

No analices la verdad o la mentira; no observes desde tu pedestal con ojo crítico propio del académico estas sencillas historias, como sencillo es todo lo que como viento fresco nos llega desde el alma popular. Sólo espábilate de tu aura de intelectual y hombre de ciudad grande, y goza del sabor de tu gente y de tu tierra y comparte con tus hijos el hermoso espíritu de un pueblo: Nuevo León Norte.

Tu amigo:
Rafael Olivares Ballesteros

LA SONRISA DEL DUENDE

La noche ha tendido su luctuoso manto sobre los campos áridos que van del río Salado hasta el Bravo. El viento pasea por entre los montes siseando entre nopaleras y matorrales, silbando entre alambradas y ventanales del pueblo. Al silbo del viento, el oído se llena de atención y capta sonidos ambientales que parecen traer voces lejanas, quejumbres, risas y sonidos espectrales que no son sino ecos del ayer, de vidas que se han ido pero han perdurado en los recuerdos que por boca de los viejos reviven otra vez, al contar a las nuevas generaciones, la aventura de esta tierra.

Por los ranchos y ejidos, por casas y cantinas, es hora de sentarse frente a la chimenea, en el campamento bajo el mezquite, en torno a la mesa, para compartir los relatos y leyendas que como herencia ancestral se han escuchado generación tras generación: el aparecido, la bruja, el grito que pasea por el río, el jinete fantasma, el diablo por el pueblo, el crimen que conmovió a la población, el tesoro, los indios guerreros. En este jacal de adobe, hoy nos sentamos frente a la chimenea a repasar las memorias que los ancianos desean compartir con nosotros.

Entre tantas consejas que se escuchan por el pueblo, hay una historia de lo más extraña porque habla de la aparición súbita de un ser arcano que atestiguaron dos familias y pasó a ser un relato más entre las tradiciones anahuaquenses. Para siempre quedó grabada la grotesca figura de un visitante que apareció de pronto ante una ventana para dejar a las generaciones esta misteriosa historia que ni parasicólogos ni demonólogos, podrían explicar satisfactoriamente. Es un pequeño ser que ha gustado de buscar a los más tiernos niños; un ente de presencia terrífica que sonrío para parecer amable, y lo único que ha logrado es horrorizar con su gesto de sonrisa escalofriante.

A lo largo y ancho del Sistema de Riego 04, se establecieron ranchos y colonias agrícolas que requirieron de muchas escuelas rurales. Algunas de tres aulas, otras de un solo salón; pero todas ellas con una casa aparte para que el maestro rural tuviera donde vivir durante el año escolar. A cada escuela se le puso el nombre de Regantes y el número de la sección. Así, nuestra historia empieza cuando la Profra. Margarita Guzmán se alojó en la Casa del Maestro de la escuela Regantes 26, el mes de agosto de 1957 para empezar el ciclo escolar. Su esposo, Américo Villarreal, ocupado en los trabajos del rancho, sólo podía convivir con ellos los fines de semana o durante las vacaciones; así que de lunes a viernes, ella cargaba con sus tres hijos, Bertha Alicia, Jesús y Rosa, de seis, cuatro y dos años de edad y durante esos días, eran ellos su única compañía.

Tras la modesta casa de un solo cuarto, había un sombreado portal y un tendedero en el patio; ése era el lugar que escogían los niños para jugar en las tardes mientras su madre lavaba ropa. Algunas veces, la puesta del sol la sorprendía aún trabajando y a los niños jugando hasta que las primeras sombras de la noche llegaban poco a poco a cubrir el paisaje. Entonces, era hora de entrar a encender quinqués y preparar la cena, rutina familiar que los llenaba de esa imperceptible felicidad con que Dios nos regala todos los días. Pero una noche de otoño, presagios extraños anunciaron algo que paulatinamente se iba acercando para terminar con toda aquella placidez.

Cuando llega la hora del "entre azul y buenas noches", esa hora extraña en que aún no es completamente de noche pero ya tampoco hay luz de día, los niños vieron sombras pequeñas que salidas de la nada, volaban en rápidos movimientos y se perdían tras la casa, con rumbo a unas lomas cercanas.

"Han de ser murciélagos que viven en algunos agujeros detrás de la casa. No se asusten..". -explicó la

maestra a sus hijos, con esa sonrisa que poseen todas las madres y por cuya virtud se espantan las sombras del miedo en la tierna mente de los pequeños para inspirarles otra vez confianza y paz.

Muchas noches siguieron los niños viendo aquél fenómeno y hasta su madre llegó también a observar el vuelo de aquellas sombras fugitivas de algún medio metro de ancho. Así pues, Margarita buscó al día siguiente tras la parte alta de la casa los escondrijos de los murciélagos. No había nada...

Una noche, salió al patio a recoger la ropa que había quedado en los alambres del tendedero. Para proyectar algo de luz al oscuro patio, puso una lámpara en la ventana y mientras cargaba los trapos, oyó una voz juguetona que la llamaba mencionando su nombre:

_Margarita... Margaritaaa... -Era una voz no infantil pero sí fresca, juvenil, que insistió llenándola de extrañeza:

_Margarita... Margaritaaa...

Ella, sin maliciar nada, caminó tras la casa mientras preguntaba: *_¿Quién me habla? ¿Qué quieren...? -Nada... Nadie... Sólo silencio y soledad absoluta...*

_¿Quién era mami?-preguntaron sus pequeños.

_Nadie hijitos... Tal vez alguien que iba de paso... - contestó ya no muy convencida. Y aquella fue una noche de oraciones calladas implorando a Dios: "líbranos de todo mal..."

Otra noche, los hechos se repitieron. Una voz diferente a la anterior la llamaba desde el patio: *_Margarita... -y otra voz, y otra más, repetían su nombre en travesura constante: _Margaritaaa...*

Ya no salió, sólo se atrevió a pararse en el marco de la puerta ante la negrura del monte y preguntó aún con algo de valor: *¿Qué quieren...? ¿Qué necesitan...?* -El silencio... La nada... Sólo una negra noche que nunca antes le había parecido tan amenazante...

Entró a la casa, cerró la puerta, y por vez primera le puso la tranca y todavía le recargó un banco. Vino la espera... Afuera, unos pies pequeños caminaron y corrieron alrededor de la casa. Llegaron más pies. Muchos pequeños seres parecían haber escogido los alrededores para jugar como niños en recreo. Juego macabro de correrías por paredes y techos; de arañar por todo el exterior puertas y ventanas. Las oraciones, las plegarias desesperadas. El sueño, al fin...

En lo más negro de la madrugada, Bertha fue despertada por su hermanito. Jesús le decía lleno de terror: *¡Mira hay un mono en la ventana...! ¡Me está mirando...!*

La niña se enojó por haber sido despertada y le ordenó con toda la autoridad de sus seis años: *¡Déjame dormir...!* - y Jesús se tapó hasta arriba. Nadie escuchó sus contenidos sollozos de espanto.

A la mañana siguiente, mientras la profesora Margarita trabajaba en la escuela, Bertha se acordó y le preguntó a su hermanito. Él, con expresión de renovados miedos, le dijo: *¡Era un payaso chiquito... Tenía camisa y gorra de colores.. Se reía conmigo muy feo...* -La niña, echando mano de su incipiente sabiduría, le explicó que los payasos eran amigos de los niños. Jesús le explicó que no era un payaso, sino que se vestía como un payaso, pero era un hombre chiquito como él.

Esa tarde, la profesora escuchó risueña las ocurrencias de los niños y les aseguró que nada había por ahí. Esa noche,

no hubo ruidos ni pequeños seres voladores y parecía que todo estaría en paz; pero a la media noche, otra vez Bertha Alicia fue despertada por Jesús.

¡Míralo! Ahí está otra vez! ¡Y nos está mirando!

A la luz del quinqué que por esa noche habían dejado encendido, Bertha vio un niño de macabra sonrisa asomado a la ventana en interesada observación sobre su hermanito. Era efectivamente un ser pequeño, de rostro enflaquecido y pálido, vestido con una blusa cuyo cuello estaba adornado en picos de colores verde y amarillo y un gorro de diseño cónico también de los mismos colores que le colgaba hacia un lado del rostro. Pero no era un niño, no era un payaso, su sonrisa y su mirada la hechizaron por unos instantes, hasta que pudo emitir un grito de terror... ¡Todo mundo alerta...! ¡Todos de pie...! pero el pequeño ser de lo desconocido, había desaparecido.

Al otro día, la profesora cruzó el canal de riego para ir a consultar a doña Albinita, una anciana que tenía muchos años viviendo ahí, quizás desde que se creó el Sistema. Ella era una vieja testigo de todo lo que podía acontecer en ese paraje que de pronto, se había convertido en algo inquietante y aterrador.

¡Mire profesora, no quiero asustarla...! dijo con voz cascada la venerable viejecita- *pero por esos montes, rumbo a las lomas y cerca de su casa, siempre se han aparecido duendes... Mis hijos siempre los vieron y mi esposo y yo ya nos acostumbramos a verlos jugar y volar por aquí. Pero lo mejor que le puedo aconsejar, es que pida su cambio... Váyase a otra escuela porque los duendes buscan mucho a los niños y aquí son sus hijos los que están en peligro.*

La profesora agradeció el consejo pero no creyó que aquella respuesta tan inesperada fuera verdad. Pero la siguiente, fue una noche más de avistamientos. Jesús lloraba

en su cama explicando: *_No me dice nada... Nomás se me queda viendo... Y se ríe muy feo...*

Otra consulta con doña Albinita. El mismo consejo: *_Por sus hijos, profesora: iváyanse de aquí...!*

Esa noche, otra vez a tapar puertas y ahora también ventanas... Nuevamente, los ruidos alrededor de la casa: vocecitas, pasos, carreras, paredes arañadas o golpeadas por pies pequeños que corren. La oración constante que muchas noches más se tuvo que elevar en inútil plegaria al Cielo.

Terminando el año escolar, a la brevedad posible, casa, patios y paraje entero, volvieron a quedar solos. La profesora Margarita, y sus tres pequeños huyeron del lugar maldito llevándose en la memoria para siempre este aterrador recuerdo, y todo quedó en soledad otra vez. Pero hasta nuestros días, en que ya todo aquello es abandono y ruinas, cuentan pastores y regantes que por las noches, macabras risitas y voces pequeñas rondan jugando escondidas por el aire, llenado todavía de espanto a todos aquellos que han tenido la desgracia de mirar otra vez la escalofriante...

Sonrisa del Duende.

AMOR ETERNO

Hasta Colombia, fue Lampazos de Naranjo quien tuvo la jurisdicción. Así, Estación Rodríguez, el desaparecido Camarón y Anáhuac con sus ejidos, tienen una historia común y sus habitantes están tan relacionados, que las familias comparten los mismos relatos y los cuentan de un poblado a otro como si aún fueran un mismo municipio.

Hay una leyenda de amor que se cuenta por Lampazos. Nadie dice cuando o quién; nadie da una dirección, y sólo se ubica la conseja en la memoria del pueblo; digamos, es leyenda intemporal. Aparentemente, se ubica a principios del siglo XX y a nosotros nos toca sólo vestir con nombres supuestos esta historia para mejor manejo de la trama.

Pues bien, se dice que eran novios Marina y Gabriel y se amaban con amor tan profundo, que muy seguido lo subrayaban con la promesa de amarse hasta después de la muerte, en una muy socorrida versión del amor eterno que toda pareja se jura.

Pero siempre hay un pelo en la sopa, un prietito en el arroz, un diablo en cada historia; y este triste papel le tocó a quien fue el primer novio de Marina, que por un machismo mal entendido, no podía aceptar que alguien tocara aquellos labios que una vez fueron sólo suyos; y aunque habían pasado tres años, no se resignaba a mirar a la feliz pareja pasar tomados de la mano, exhibiendo su limpio amor por plazas y aceras del viejo Lampazos.

Buscó molestar a los novios con indirectas y abiertas ofensas, hasta que la violencia estalló y todo quedó en una trifulca que perdió el despechado. Sin embargo, ahí no podía parar la cosa; el pueblo era demasiado chico para los dos y el obstinado no descansaría, buscando mil caminos para una venganza artera.

Mientras tanto, para Marina y Gabriel la vida florecía en mil besos, caricias y promesas, y todo esto los llevó a decidir su destino con la entrega del anillo de compromiso. Los padres de ambos celebraron en alegre convivio para fijar la fecha de la boda, que sería el primer paso para una larga vida de felicidad y nietos, muchos nietos corriendo por la casa.

Tras la petición de mano, todo fue preparativos y alegres planes que ocupó a las familias en un ir y venir para alistar vivienda, ajuar y dotes. Y como "*no hay fecha que no se llegue ni plazo que no se cumpla*", la última noche de noviazgo, los enamorados se desesperaban por ver el sol del día siguiente que parecía se tardaba para traer el primer día luminoso de todos los que les esperaban. Al fin, en un suspiro ilusionado, se despidieron cada uno a su casa para esperar que pronto acabara la última noche de dormir separados.

Aquel domingo, las campanas del templo del Sagrado Corazón lanzaron sus voces de bronce a los cuatro vientos invitando al pueblo a una misa donde dos jóvenes lampacenses unirían para siempre sus vidas. La novia llegó radiante, se bajó de la adornada carriola nupcial irradiando una felicidad que nada más los que aman desbordan por sonrisas y miradas. Solamente se esperaba el arribo del novio que... ¡No llegó...!

La novia y familiares estaban confusos y alarmados, pero en sus mentes no cabía la más leve duda sobre el firme amor y decisión que siempre demostró Gabriel. El dormía en un cuarto aparte con salida a la calle y no amaneció en su cama. ¡Algo tenía que haberle sucedido! Marina no pudo más y rompió en un sincero llanto que no tenía porqué esconder ante los presentes.

El escándalo corrió por todo el poblado dando voces puerta por puerta y mil supuestos se inventaron por lenguas viperinas que se regocijaron hasta la saciedad con la desgracia ajena. Sin embargo, otras voces se levantaron pidiendo el esclarecimiento de todo aquello y docenas de familiares y amigos se dedicaron a rastrear el pueblo, ranchos, montes vecinos, y hasta domicilios de parientes por los pueblos de Valladares a Laredo. Por fin, una noticia llegó para obscurecer todavía más este triste relato: en un remanso del río de la Candela, fue encontrado flotando el cuerpo de Gabriel con varias puñaladas por pecho y espalda.

Era fácil saber el nombre y los móviles de asesino mas sin embargo, capturarlo no fue consuelo alguno; la pérdida de una vida que prometía tanto, con nada se podía pagar. El dolor cubrió de lágrimas y luto a las familias, y la inconsolable Marina supo lo que era la viudez aún antes de ser casada. La tristeza la hizo pasar muchos días de retiro y sólo el constante lloro se escuchaba tras la puerta de su habitación que parecía cerrada para siempre.

Tras una de tantas noches de desvelo, cuando la familia aún no se acababa de levantar, una oscura madrugada la vieron salir al patio vistiendo su traje de novia, y con paso solemne y el ahora marchito ramo entre las manos, se dirigió hacia la profunda noria y sin emitir siquiera un grito, se lanzó decidida por la oquedad en un salto hacia la Eternidad en busca de algo que había perdido. El amor nos tiende caminos de felicidad, de vida; pero a veces, también de dolor y muerte. La tragedia de nuevo llenó de lágrimas aquél hogar y al pueblo entero.

Muchos, muchos años han pasado, y generaciones enteras han marchado a ocupar su lugar en la última morada que también por nosotros espera; pero sobreviviendo a los tiempos, esta historia se ha seguido contando junto con un epílogo increíble: De aquel pozo, por las noches de Luna Llena, se observa salir una bella alma en pena que vestida de novia, se eleva al cielo perdiéndose en la nada. Muchos cuentan también de unos jóvenes enamorados que se aparecen en el remanso del río donde fue encontrado el cuerpo de Gabriel, así como de una pareja que tomados de la mano parecen platicar, sentados en el pretil de la noria trágica donde la novia suicida, rebelándose a su cruel destino, tomó aquella fatal decisión para hacer realidad la promesa de vivir hasta más allá de la muerte...

Un amor eterno.

LA HISTORIA DEL CANELO

Cada 12 de diciembre atestiguamos la práctica de una vieja tradición para el pueblo de Anáhuac y el resto de México. La población entera sale a las calles a participar como espectadores, corredores, peregrinos o danzantes en la colorida procesión del día de Guadalupe. Esta fecha la Bella del Tepeyac es rodeada de flores, cantos, oraciones, veladoras, rosas y espigas de plata y otras ofrendas que el pueblo esperanzado en su amor le va a ofrecer. Tambores y guitarras unen su voz con danzantes, coros y rondallas mientras desde el altar, Santa María de Guadalupe, considerada por la Fe y la Tradición como la mediadora entre Dios y los hombres, sonrío complacida ante un pueblo que desde hace más de cuatro siglos la venera. El 12 de diciembre, es también de remembranzas para los viejos del pueblo, pues el recuerdo Lamberto Reyes, *El Canelo*, vuelve a la memoria como una voz del pasado de Anáhuac, como una tradición olvidada que con este trabajo queremos rescatar para que no muera.

Lamberto Reyes el Canelo, era un hombre sencillo de este poblado, trabajador de cuanto se le encomendara para que nunca faltara la bendición de Dios sobre su mesa. Como buen jornalero, lo mismo reparaba cercas que desmontaba patios y baldíos; era albañil y peón en cualquier tarea para mantener a su familia. Una vez el trabajo decayó y la penuria se convirtió en hambre. Al impulso de la necesidad, el Canelo robó y fue castigado; pero resuelto el caso judicial, siguió su vida de trabajo y más trabajo, sin un amanecer que trajera un verdadero cambio en su situación y su vida. Sin embargo, después de aquello, ya cualquier robo la policía "*perjudicial*" —como les decían en el pueblo—, lo querían resolver encarcelándolo sin más averiguación, hasta que llegó a ser defendido por la misma autoridad municipal.

El Canelo era católico practicante, y si alguna vez tomó lo ajeno fue porque *el hambre es canija pero más el*

que la aguante... Para lavar su imagen pública, hizo una promesa: cada 12 de diciembre representaría el simulacro del *Indio salvaje*. Ahí empezó su verdadera fama, la que lo inmortalizaría en las memorias del pueblo. La representación consistía en una especie de teatro popular que se presentaba por las calles y su escenario iba de los límites al oriente del pueblo, hasta la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe.

El 12 de diciembre, los *matlachines* salían danzando desde la Parroquia con destino hacia las cuevas que estaban frente a la Secundaria Técnica. Aquellas cuevas eran la guarida del *indio bárbaro* que había que someter para ponerlo de rodillas ante la Guadalupana. El pueblo se daba cita en aquel lugar cerca de la Ermita que todavía se encuentra ahí, para presenciar aquella representación y veían llegar a los danzantes que frente a las cuevas, dejaban de bailar y se lanzaban en escuadrones en busca del *Canelo*. El *indio bárbaro* estaba agazapado por ahí, ataviado con taparrabo, una banda en la cabeza adornada con una pluma y guaraches. A veces se escondía dentro de las cuevas; otras, en el chaparral cercano y el primer acto, era encontrarlo. Una vez localizado, se unían los escuadrones en un solo cuerpo y empezaba la lucha para atraparlo. El Canelo era un hombre muy robusto y fuerte, y la resistencia se daba con tal realismo, que la lucha y los golpes no eran coreografías ensayadas, ni las piedras con que se defendía eran de utilería. El acuerdo era que los danzantes no golpearían al *indio salvaje* con intención de hacerle daño, pues eran demasiados en contra; pero él sí podía hacer todo lo que estuviera a su alcance para evitar caer preso.

Todo era correr en persecución para cazarlo y la gente corría también siguiendo aquella representación que a fuerza de repetirse año con año, se fue haciendo típica de este pueblo. Cuando al fin caía, todos se le echaban encima, era revolcado, sometido y atado con cuerdas. Luego, lo llevaban a la Ermita donde por la fuerza lo arrodillaban ante la imagen de la Virgen; y con él al centro, atado y controlado

por cuerdas que servían de tirantes, los *matlachines* regresaban danzando en aquella peregrinación que llenaba hasta las banquetas de enfrente la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe. Por las calles, el Canelo bramaba, rugía y se lanzaba sobre los danzantes y fintaba contra el público haciendo huir aterrorizados a los niños y muchachas. Era más efectivo que el otro personaje típico de las danzas mexicanas: *el viejo de la danza*.

Al llegar a la Parroquia, era llevado hasta el altar y ofrecido a la Virgen donde terminaba su resistencia y se hincaba ante Santa María de Guadalupe. Terminada su representación, salía de la iglesia y se ponía a danzar al son de las guitarras o tambores, ya confundido entre sus captores. El *Indio bárbaro* había sido sometido a la fe y así, el *Canelo* logró su meta de ser un hombre reconocido y respetado por el pueblo a pesar de seguir en la pobreza que jamás lo abandonó.

Tantos años han pasado... El corazón del Canelo, se cansó y detuvo su largo andar una tarde en que al lado de su esposa caminaba por la calle Ingenieros. Lamberto Reyes murió, pero su recuerdo ha perdurado en la memoria del pueblo que no lo ha olvidado, y es así como pasó a ser una leyenda más en las memorias del municipio de Anáhuac, Nuevo León.

DORMIR ADENTRO; AMANECER AFUERA...

Desde la Casa del Maestro en la escuela Regantes 24, se podía ver a lo lejos el rancho del tío Pánfilo y algunos fines de semana, la profesora Margarita Guzmán lo visitaba en compañía de su esposo y sus hijos Bertha, Jesús y Rosa. Era don Pánfilo un hombre de trato muy agradable, y teniendo a

su lado a su esposa Elpidia y a doña Juanita, madre de don Pánfilo, en alegre charla se iban las horas del sábado y domingo como nada...

Era el año de 1958. Aquellos tiempos del algodón hacían una verdadera fiesta el período de cosecha. El rancho se llenaba de pizcadores y el trajín de gente daba un nuevo rostro a la rutina del tranquilo sembrado. El convivir con trabajadores llegados de todas partes, las siestas y comidas bajo la sombra de un árbol, la cena bajo las estrellas, el intercambio de historias y vidas tan distintas. Y luego, de pronto, otra vez todo en soledad; la temporada de cosechas había terminado...

Pero no todo era tranquilidad en aquellas visitas; pues era aquel rancho algo extraño, en esos terrenos sucedían cosas raras... Por ejemplo: se contaba que por corrales y trochiles aparecía una fogata que brotaba del suelo, bañando con su luz todos los exteriores de la casa. Una madrugada, Margarita la estuvo contemplando largamente y veía como entraba el haz luminoso por los huecos de ventanas y puerta, permitiendo ver a detalle todas las cosas que eran alcanzadas por la luz del fuego misterioso.

Una ocasión en que platicó largamente hasta altas horas de la noche con don Américo, su esposo, le contó como aquella llama se levantaba frente a la casa por el corral, pero su marido sólo sonreía atribuyendo todo aquello a los miedos de su mujer. De pronto, desde la escuela, observaron encenderse el horizonte con rumbo al rancho del tío Pánfilo. Al instante pensaron que se estaba quemando la casa o las monas de rastrojo que la rodeaban, y don Américo empezó a correr para ayudar a salvar animales o enseres; pero antes de llegar al lugar del incendio, de pronto los fuegos se extinguieron y toda luz desapareció. Al arribar al rancho, tuvo que despertar a su tío para preguntarle qué era lo que había sucedido y el buen viejo sólo lo miró extrañado, sin

entender qué preguntaba ni qué hacía por el rancho a esa hora. Américo se regresó confundido y convencido de que ahí algo raro sucedía.

Una ocasión en que estaban de visita en aquella casa, cuando la sombra de la noche empezaba a tomar posesión de todos los cuartos, la pequeña Bertha se quedó dormida antes de tiempo. La vieron y esperaron un momento más para acomodarla bien en la cama.

Una breve salida en que la niña se quedó sola. Al volver, estaba tendida en el suelo a buena distancia de su lecho. La despertaron para acomodarla en su lugar y vino la pregunta obligada:

_¿Qué pasó hijita? ¿Te caíste?

_No mamá... Me pusieron en el suelo...

_¿Quién...?

_No sé mamá.... Me cargaron; pero no vi... -En verdad que era extraño el rancho del tío Pánfilo.

Un amanecer, Bertha Alicia sintió un vientecillo fresco e instintivamente buscó las sábanas sin acabar de abrir los párpados. Por más que palpó alrededor de su cuerpo, no las encontró. La niña abrió los ojos... Las últimas estrellas escapaban por el poniente y las primeras luces del alba asomaban por la línea del oriente. Berthita suspiró toda aquella fresca y se estiró amodorrada sintiendo la tierra en brazos y piernas. Estaba en medio del patio, frente a los corrales.

¡Estaba en el patio...! Todos estaban en el patio... Estaban tendidos en el suelo...

Extrañada, sin entender todavía lo acontecido, movió a su madre que despertó algo molesta por el temprano y súbito despertar; pero no tuvo tiempo de regañar a la inoportuna... Quedó con la boca abierta contemplando el cielo lleno de estrellas... Ahí estaban también sus tres hijos... Algo había sucedido... Acabó de entender. Y levantando rápidamente a sus niños corrieron todos al interior.

Algún poderoso ente los había trasportado uno a uno desde el lecho hasta el patio, haciendo viajar sus cuerpos por el aire y depositándolos suavemente en el suelo, fuera de la casa y a treinta metros de la cama. Los que tuvieron capacidad para entenderlo, reaccionaron aterrorizados al saberse en brazos de un ser de ultratumba; pero los más pequeños, inocentes, sonrieron divertidos hasta que tuvieron razón para saber lo que realmente les había sucedido.

Medio siglo ha pasado. Hoy el rancho suspira olvido y abandono por la pobreza que llegó al irse el algodón, dejando en su lugar siembras duras de cosechas miserables; llegando a estos tiempos, en que ya hasta los riegos se suspendieron. Varios testigos de esta historia se fueron ya al jardín de las almas que a todos nos espera y de lo que fue la casa, sólo quedan restos de paredes en ruinas; pero al saber de estos hechos, que se difundieron como una leyenda más por todos los confines del municipio, los buscadores de tesoros han cavado por todas partes; llenando de agujeros casa, patios y parcela en busca de los lugares donde se levantaban los fuegos fatuos, suponiendo éstos una señal de metales preciosos, de tesoros escondidos. Mas como ya no queda huella de lo que fueron los corrales, toda referencia se ha perdido y de todas aquellas maravillas y misterios que muchos vivieron como experiencias propias, sólo queda la leyenda del rancho aquél; de fogatas e incendios repentinos, de inquilinos e invitados que durmieron en cálidos lechos, pero por misteriosa y macabra fuerza, amanecían expulsados afuera.

¿No le gustaría dormir en aquella casa?

LA VENGANZA DEL MUERTO

La Revolución llegó por estas tierras y dio sonadas batallas de Villaldama a Lampazos. El tío Tacho se enroló en *La Bola* y de allí en adelante, anduvo por varias partes del país bajo distintos jefes participando en las refriegas desde la Toma de Torreón hasta la de Celaya. Tuvo muchos combates que le dejaron cicatrices por todo el cuerpo pero no en el alma, porque siempre fue un hombre de recio carácter; y con gran sencillez contaba de los *venadeos* a distancia, de los choques a caballo y las peleas cuerpo a cuerpo. Pero tenía un recuerdo muy especial que gustaba de compartir con sus amigos y familiares; porque aquella vez casi le tocó perder.

Contaba que un anochecer, por aquellos lares de Coahuila, a orillas de un río, su pequeño grupo de jinetes que iban en avanzada y reconocimiento de terreno, se topó con otro grupo igual; pero de enemigos... Estaba *la cosa* muy pareja: doce contra doce. Se armó la balacera, y avanzaron cayendo y tumbando gente hasta tener que llegar al choque de sables y machetes. Unos peleaban chocando y moviendo en círculos los caballos mientras otros rodaban por el suelo, trezados con el enemigo cosiéndose a puro cuchillo; hasta que el *agarrón* se redujo a dos contrincantes frente a frente: el tío Tacho, de pie, pistola en mano; y un teniente, a caballo y con el arma al frente.

El teniente le gritó entre la oscuridad ordenándole que se rindiera, que ya había perdido a toda su gente; pero Tacho lo conminó también a rendición. Ninguno estaba dispuesto a ser prisionero del otro y caminaban entre breñales y sombras intentando cazarse mutuamente. Al fin se

vieron... El teniente levantó su pistola, pero se sacudió con un balazo en el cuerpo. El tío le había *madrugado*. Pero el hombre cayó y se levantó para perderse entre las sombras de la maleza. Tacho tomó un caballo y se dedicó a buscarlo apuntando a cada rincón y matorral. Tenía que rematarlo; pero nada... tal parecía que la noche lo había devorado.

Era un terreno escabroso. Había derramaderos que las lluvias habían cavado como hondos barrancos a los lados del río. El paraje formaba un laberinto de tierras erosionadas con paredes y arbustos formando sombras caprichosas. El tío apuntaba a todo con cada músculo listo a cualquier movimiento. De pronto, desde lo alto de un barranco, el teniente le cayó en ancas abrazándolo férreamente con un brazo mientras levantaba el otro con un cuchillo en la mano. Tacho levantó instintivamente su mano derecha y detuvo la puñalada que buscaba su pecho. Y forcejeó y forcejeó, hasta que sintió que el enemigo iba aflojando en el esfuerzo. Por fin, el teniente cayó muerto. ¡Había peleado hasta el último aliento de vida, aferrado en matarlo!

Tacho se bajó del caballo para comprobar que ya había *acabado*, pero vio como los ojos del cadáver lo miraban fijamente con un coraje y odio que tal vez se llevaría hasta el Más Allá. Como un gesto de respeto, le cerró los ojos y levantó a los heridos para improvisar un campamento; luego, regresó a dar parte y pedir ayuda.

Los años pasaron, acabó la guerra, y el tío Tacho regresó a su tierra. Se empleó en el rancho Santa Cecilia y trabajó de caballerango. Era un excelente domador de caballos y conocía todos los trabajos del campo. Apreciado por sus patrones y compañeros, siempre fue afable y muy platicador con todo mundo. Popular con los niños, todos le decían el tío Tacho, como aún se le recuerda.

Años después, un anochecer, lo mandaron a buscar unos becerros perdidos. Los animales se habían cortado de la